

les prometian el imperio del universo. Aun mucho mas; ya se habia dado el asalto, la ciudad estaba ya en poder de los romanos, empezaba á arder por todos lados, y no obstante, creían todavía aquellos insensatos lo que les aseguraban sus falsos profetas que era ya llegado el día de su salvacion, para alentarles mas y obligarles á hacer el último esfuerzo resistiéndose siempre, y enconando mas y mas el furor de los vencedores para no encontrar en ellos piedad ni misericordia. Así fué; todo fue pasado á cuchillo y entregado á las llamas; la ciudad fue arrasada; solo se salvaron algunas que otras torres, que Tito mandó se conservasen para que sirvieran de monumento á la posteridad; pero con esta sola escepcion; de todo lo demas no quedó piedra sobre piedra.

Ya ve V. A. repetida sobre Jerusalem la misma venganza que tuvo ya que sufrir y de que fue víctima en tiempo de Sedecías. Tito fue enviado por Dios, como Nabucodonosor lo fuera, para ejercerla en su nombre y castigar la rebeldía é impenitencia de su pueblo: los judíos perecieron ahora de la misma manera. Vióse, como entonces, en Jerusalem la misma rebellion, la misma hambre, los mismos extremos apuros, la misma resistencia, los mismos caminos de salud que se les abrieron para salvarse, las mismas seducciones, la misma obstinacion y la misma caida: y para que la seme-

janza sea en todo igual, el segundo templo fue quemado mandando Tito, en el mismo mes y día que lo habia sido el primero, cuando fue tomada la ciudad por Nabucodonosor: así era necesario que sucediese para que al pueblo no le quedase duda ninguna de que su perdicion era un efecto de la divina venganza.

Sin embargo entre estas dos caidas de Jerusalem y de los judíos se observan notables diferencias; no obstante de que todas hacen ver en la última una justicia mas rigorosa y mas pronunciada. Nabucodonosor mandó pegar fuego al templo: Tito hizo cuanto pudo y no omitió diligencia para salvarle, negándose á seguir el parecer de sus consejeros que le decian que en tanto que subsistiese, los judíos no desistirian de su rebeldía. Pero el día fatal habia llegado: era el 10 de agosto, en el mismo día que ardió el templo de Salomon. Apesar de las órdenes de Tito, dadas en presencia de los romanos y de los judíos, para que se respetase el templo, apesar del interes natural de los soldados que debia escitarles mas bien á saquear sus riquezas que á incendiarle, un soldado, impelido, dice Josefo, por una *inspiracion divina*, ayudado por sus camaradas, subiéndose sobre sus hombros, métese por una ventana y desde allí pega fuego á este templo agosto. No bien Tito apercibe el humo cuando da las mas terminantes órdenes para

que el ejército corra á apagar el fuego, todo fue en vano: estiéndose el incendio en un instante por todas partes, y aquel maravilloso edificio quedó reducido á cenizas.

Si la obstinacion de los judíos en tiempo de Sedecías fue el mas terrible efecto y la señal mas segura de la ira de Dios, ¿qué diremos de la obcecacion observada en tiempo de Tito? En la primera ruina de Jerusalem los judíos se entendian al menos entre sí: en la última, Jerusalem sitiada por los romanos, hallábase despedazada interiormente por tres facciones enemigas. Si el rencor que todas ellas tenian contra los romanos llegaba á ser hasta un frenesí furioso, no estaban menos encarnizadas las unas contra las otras: los combates exteriores costaban menos sangre á los judíos que los que se daban dentro de la ciudad. Al momento despues en que se defendian con encarnizamiento de los asaltos que intentaban contra ellos los estrangeros, y despues de haberles rechazado, los ciudadanos empezaban de nuevo su guerra intestina; la violencia y el robo eran los entretenimientos y solaces en que se ocupaban en la ciudad mientras no combatian con los romanos. Ella iba descaeciendo de tal manera que ya no era mas que un gran campo cubierto de cadáveres; y sin embargo los gefes de las facciones combatian sin descanso por apoderarse de su imperio. ¿No era esta una ima-

gen del infierno, en donde los condenados no se aborrecen menos los unos á los otros que lo que aborrecen á los demonios, que son sus comunes enemigos, y en donde todo es soberbia, rabia, confusion y espanto?

Confesemos, pues, que la justicia que Dios ejerció contra los judíos por Nabucodonosor no fue mas que una sombra de la que ejerció por medio de Tito su ministro. ¿Qué ciudad ha visto jamas perecer un millon y cien mil hombres en siete meses de tiempo y en un solo sitio? Pues precisamente esto es lo que vieron los judíos en el último sitio de Jerusalem. Los caldeos no les hicieron sufrir tanto ni con mucho: en tiempo de éstos su cautividad solo duró 70 años; ya hace 1800 que están esclavos y se hallan dispersos por todo el universo, sin esperanza todavía de que mejore su suerte.

Así que no debe causarnos admiracion que Tito vencedor, despues de la toma de Jerusalem, se negase á recibir las congratulaciones de los pueblos vecinos y las coronas que le enviaban en honor de su victoria. Tantas memorables circunstancias, la ira de Dios tan señalada, y su omnipotente mano que veía él como presentes, teníanle sobrecogido y en una profunda admiracion y asombro; y esto es precisamente lo que le obligó á decir lo que habeis oido, que él no era el vencedor, y que solo habia sido un débil instrumento de la venganza divina.

No sabia todo el secreto: no habia aun llegado la hora en que los emperadores debian reconocer á Jesucristo. Entonces era el tiempo de las humillaciones y de las persecuciones de la Iglesia: y es por lo que Tito, aunque muy ilustrado para conocer que la Judea habia sufrido su perdicion por un manifesto efecto de la justicia divina, no conoció qué crimen habia querido Dios castigar de una manera tan terrible. Era sin embargo el mayor y mas horrendo de todos los crímenes; era un crimen hasta entonces inaudito, era el deicidio, el que dió lugar á una venganza que estremeci6 y de que el mundo no habia visto un ejemplo semejante.

Pero á poco que abramos los ojos á la luz, á poco que contemplemos el orden de las cosas que sucedieron, ni el crimen de los judíos ni su castigo pueden sernos desconocidos.

Acordémonos solamente de lo que Jesucristo les habia profetizado. Él les predijo la completa ruina de Jerusalem y del templo: estas fueron sus palabras: "no quedará piedra sobre piedra." Él les habia anunciado hasta la manera con que seria sitiada aquella ciudad ingrata, y la espantosa circunvalacion con que se la estrecharia: les predijo la horrible hambre con que debian ser afligidos todos sus ciudadanos, y no omitió anunciarles que serian seducidos por falsos profetas, que les animarian á la resistencia. Les advirtió que el tiempo de su desgracia esta-

ba próximo: dióles señales ciertas que debian marcar su hora precisa: les describió la larga serie de crímenes que debia atraerles un castigo tan terrible: en una palabra, les hizo toda la historia del sitio y de la desolacion de Jerusalem.

Y es menester tener presente que les hizo estas predicciones hácia el tiempo de su pasion, para que conociesen mejor la causa de todos sus males. Cuando se acercaba el momento de su pasion fue cuando les dijo: "la providencia divina os ha enviado profetas, sabios y doctores; de ellos degollareis á los unos, crucificareis á los otros, azotareis á otros en vuestras sinagogas y los perseguireis de ciudad en ciudad para que recaiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Barachías, á quien matásteis entre el templo y el altar. En verdad os digo que todas estas cosas vendrán á caer sobre la generacion presente. ¡Jerusalem! ¡Jerusalem! que matas á los profetas y apedreas á los que á ti son enviados. ¡Cuántas veces quise recoger tus hijos, como la gallina recoge sus pollitos bajo las alas, y tú no lo has querido! He aquí que tu casa va á quedar desierta."

He aquí la historia de los judíos. Han perseguido á su Mesías por sí y á nombre de los suyos: han conmovido á todo el universo contra sus discípulos, y no les han dejado quietos en

ninguna ciudad: han armado á los romanos y á los emperadores contra la Iglesia en los primeros dias de su nacimiento: apedrearón á S. Esteban, mataron á los dos Santiagos, á quienes su santidad hacia venerables aun entre ellos mismos, inmolaron á S. Pedro y á S. Pablo valiéndose de la espada y de las manos de los gentiles. Menester era que sufriesen su merecido. Tanta sangre derramada y mezclada con la de los profetas á quienes antes habian sacrificado, clamaba venganza ante Dios. "Sus casas y su ciudad van á quedar desiertas:" su desolacion no le irá en zaga á su crimen: Jesucristo se lo anunció: el tiempo se acerca: "Todas estas cosas sucederán y se verificarán sobre la generacion presente;" y todavía: "no pasará esta generacion sin que todas estas cosas tengan su cumplimiento," es decir, que los hombres que entonces vivian debian ser testigos de la realizacion de cuanto se les anunciaba.

Pero oigamos las predicciones siguientes de nuestro Salvador. Cuando hacia su entrada en Jerusalem, algunos dias antes de su muerte, movido de los males que esta muerte debia atraer sobre aquella desventurada ciudad, mírala arrasados sus ojos en lágrimas, y dice: "¡ Ah si conocieses tambien tú por lo menos en este dia que te se ha dado (para tu arrepentimiento) lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está todo oculto á tus ojos. Llegará dia en que tus

»enemigos te circunvalarán, y te rodearán de
»contramuro, y te estrecharán por todas partes,
»y te arrasarán, con los hijos tuyos que
»tendrás encerrados dentro de tí, y no dejarán
»en tí piedra sobre piedra; por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado."

Esto era describir clara y precisamente la manera con que habia de hacerse el sitio y los últimos efectos de la venganza. Pero el que habia anunciado todas estas cosas no parecia regular que fuese al suplicio sin anunciar á Jerusalem que llegaria un dia en que recibiese el condigno castigo del injusto y cruel tratamiento que se le haria. Cuando iba al calvario, cargado con la cruz sobre sus hombros, "iba en pos suyo muchedumbre de pueblo y de mugeres, que hiriéndose el pecho se deshacian en llanto, y le plañian." Párase, y vuélvese hácia ellas, y díceles estas palabras: "Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos; porque el tiempo se acerca en que se dirá: ¡dichosas las estériles, y dichosos los vientres que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar! Entonces comenzarán á decir á los montes: caed sobre nosotros; y á los collados: sepultadnos. Pues si al arbol verde le tratan de esta manera, ¿qué harán con el seco?" Es decir si al inocente, si al

justo se le hace sufrir un tan riguroso suplicio, ¿qué deben esperar los culpables? ¿Pudo jamas Jeremías llorar mas amargamente la ruina de los judíos? ¿Podia el Salvador usar de palabras mas espresivas y fuertes para hacerles entender las calamidades y desastres de que se hallaban amenazados; y aquella horrible hambre, funesta á los hijos, funesta á las madres, que veían secarse sus pechos sin tener éllas otro alimento que dar á sus hijos mas que las lágrimas que en abundancia corrian por sus mejillas, ni para sí mas que devorar el fruto querido de sus entrañas?

CAPÍTULO XXII.

Explícense dos memorables predicciones de nuestro Señor, y justificase su cumplimiento por la historia.

Tales fueron las predicciones que hizo Jesucristo á todo el pueblo; las que hizo en particular á sus discípulos merecen que las examinemos todavía con mayor atencion. Hállanse comprendidas en aquel largo y admirable discurso, en el que une á la ruina de Jerusalem la del universo. Esta union no carece de misterio, y hé aquí su designio.

Jerusalen, ciudad venturosa, que el Señor eligiera mientras permaneciese fiel á la alianza y á la fé de las promesas, fue la figura de la Iglesia y la figura del cielo en donde Dios se hace ver de sus hijos. Es por lo que vemos muchas veces que los profetas suelen unir, en un mismo discurso, lo que concierne á Jerusalem, á lo que concierne á la Iglesia y tiene tambien relacion con la gloria celestial: es uno de los secretos de las profecías, y una de las llaves que nos abren su inteligencia. Asi, Jerusalem reprobada é ingrata hácia su Salvador, debia ser la imágen del infierno: sus pérfidos ciudadanos debian representar á los condenados; y el juicio terrible que Jesucristo debia ejercer sobre ellos era una figura del que ejercerá sobre todo el universo cuando venga al fin de los siglos con